

Problemas metodológicos para una arqueología (materialista y) dialéctica. Un debate inacabado

Sergio Almisas Cruz

Estudiante de Doctorado. Programa de Doctorado Historia y Arqueología Marítimas. CEIMAR. Universidad de Cádiz.

RESUMEN

Frente a la importancia dada a las técnicas, en una arqueología que se considera científica en la tradición neo-positivista, proponemos la necesidad de abordar, desde los postulados teóricos de la Arqueología Social marxista, la creación de metodologías que otorguen fuerza heurística a nuestros proyectos de investigación, así como coherencia con una ciencia que se considere dialéctica y crítica, de manera que no se apliquen de forma mecánica los marcos teóricos de partida. En el presente artículo apuntaremos algunas de las metodologías propuestas.

Palabras clave:

Arqueología Social, Metodología, Epistemología, Materialismo dialéctico

RESUM

Vista la importància donada a les tècniques, en una arqueologia que es considera científica en la seva tradició processual i neo-positivista, proposem la necessitat d'abordar, des dels postulats teòrics de l'Arqueologia Social marxista, la creació de metodologies que atorguin força heurística als nostres projectes d'investigació, així com coherència amb una ciència que es consideri dialèctica i crítica, de manera que no s'apliquin de forma mecànica els marcs teòrics de partida. En el present article apuntarem algunes de les metodologies proposades..

Paraules Clau:

Arqueologia Social, Metodologia, Epistemologia, Materialisme dialèctic

Introducción.

El presente escrito pretende abordar los acercamientos que desde la Arqueología Social de raíz marxista se han realizado a los problemas metodológicos

de la ciencia arqueológica. No busca agotar ni desarrollar todas las ideas vertidas al respecto, sino simplemente reflexionar en torno a sus fundamentos epistemológicos y a algunas de las propuestas concretas que se han realizado

en las últimas décadas, con el fin de señalar la importancia que adquiere en una ciencia que se declare dialéctica y crítica.

Uno de los elementos fundamentales en la caracterización de las disciplinas científicas es la de poseer un método que permita generar conocimiento objetivo (Carbonell y Hortolà, 2006). La metodología sería, según Luís Felipe Bate (1998: 40): la “sistematización y formalización lógica de las condiciones y procedimientos” racionales y explícitos que guían en la producción del mismo¹. Se trata, en suma, de una manera de poner en relación los hechos empíricos con el sujeto cognoscente.

En arqueología, la sistematización y generación de un método científico ha sido una preocupación central para aquellas corrientes que no sólo tienen una finalidad descriptiva del registro empírico, sino que buscan interpretarlo y explicar el pasado a través de ellos (Vila, 2011; Gándara, 2012). De hecho, uno de los grandes temas de debate en la arqueología desde los años 60 es la conexión entre la teoría y el registro arqueológico. Sin lugar a duda, esta cuestión estuvo en la génesis de propuestas teóricas tanto de la Nueva Arqueología, como de la Arqueología Social en sus diferentes variantes, la arqueología de raíz marxista, como la Latinoamericana (ASL, en adelante), y sigue presente en otras, como la feminista (Gándara et

al., 1985; Lull y Estévez, 1986; Trigger, 1993; Bate, 1993, 1998, 2000; Estévez *et al.*, 1998; Johnson, 2000; Vila, 2011). La pregunta fundamental, que aquí intentaremos desarrollar y a la que pretendemos ofrecer algunas respuestas, es ¿bajo qué criterios lógicos podemos validar empíricamente nuestros marcos teóricos de partida?

Un primer acercamiento: El método no es técnica.

Actualmente, la visión más extendida (que no la única, como veremos) dentro de la arqueología acerca del método se deriva de las propuestas neo-positivistas y científicistas. Veremos dos características.

1) En primer lugar, existe la idea de que la posición personal (“política”) o filosofía acerca de la creación de conocimientos impide alcanzar la objetividad en las ciencias, por lo que es recomendable reducir dichas posturas al mínimo. Estos planteamientos tienen una larga tradición en la teoría de la ciencia, pudiendo rastrearlos desde Auguste Comte, pasando por autores como Hempel. Así, Comte, en su *Curso de Filosofía Positiva* (1973: 78-79), ya explicita que la investigación científica debe abstenerse de “cualquier consideración práctica” (entiéndase, política), teniendo una “mera intención científica” “por conocer” la realidad. Lo que se plantea aquí es negar la influencia del contexto social en la investigación

científica. Por otro lado, pero inserto en la misma idea, existió la tendencia por parte del positivismo y del neopositivismo a querer aislar de las ciencias (eso sí, especialmente las naturales) toda consideración filosófica (De Ponte, 1969). Unido a esto, encontramos a lo largo del siglo XX la idea generalmente aceptada de que las ciencias sociales tienen un nivel menor de “caché” científico en relación a las ciencias naturales, puras, debido precisamente a dicho carácter “subjetivo” y poco empírico. Debemos contextualizar esta dicotomía, en el avance, por un lado, del neopositivismo y, por otro, del neokantismo. En la Arqueología, estas ideas impactan en la Nueva Arqueología y tendrá un gran peso e influencia a pesar de las críticas posteriores.

2) En segundo lugar, observamos cómo se suelen confundir o equiparar conceptos tales como técnica y método. Una tendencia en el seno de diferentes corrientes arqueológicas es la de reducir el método a la técnica, como forma de suprimir ciertos problemas a los que conduce la investigación científica. Así, bajo la idea de que las técnicas científicas (objetivas) aplicadas a los datos arqueológicos (empíricos) son las que otorgan validez a los discursos históricos o reconstrucciones del pasado, se suelen ocultar o infravalorar las construcciones teóricas de partida, que, al fin y al cabo, guían dichas investigaciones (Maschner y Chippindale, 2005;

Brothwell y Pollard, 2001: xvii-xx; Bayley, 1998: 63). Así, el método queda integrado en técnicas de otras disciplinas auxiliares, y la teoría se acepta de forma implícita o acrítica, amparado en cierto “sentido común”²². Las preocupaciones que condujeron a esta forma de actuar, las encontramos en los inicios de la New Archaeology, corriente que intenta hacer de la arqueología una disciplina más científica, algo que se considerará un tema central en su desarrollo (Johnson, 2000: 38, 56). Y para ello, utilizarán la concepción de ciencia neopositivista. En este sentido, el positivismo lógico hace una clara dicotomía entre ciencias puras y ciencias sociales (De Ponte, 1969). Así, ha sido habitual entre arqueólogos de la New Archaeology hablar de “science” (haciendo referencia a las “puras”) contrapuesto a la “archaeology”. Esta característica provoca precisamente la necesidad por parte de éstos de, por un lado, negar el carácter científico de la arqueología tradicional y los planteamientos que se asociaban a ella (Johnson, 2000: 32-33); y por otro, introducir técnicas y métodos “científicos” en la arqueología para lograr datos empíricos objetivos y cuantificables que sean la base de la investigación (Brothwell y Higgs, 1969: 19-21). Con este fin, hay que dejar atrás los métodos de investigación del historicismo cultural, basados en la historia del arte, el inductivismo y la cuantificación, y centrarse en resolver problemas concretos

que, mediante un método hipotético-deductivo, se puedan contrastar con datos de manera científica, objetiva y rigurosa (Brothwell y Higgs, 1969b). Esto no nos puede hacer afirmar que la New Archaeology no tenga interés por los modelos teóricos; más bien al contrario. Así, vemos la búsqueda de las leyes de alcance medio, que pusieran en contacto la realidad arqueológica con hechos socioculturales extraídos de trabajos antropológicos y etnoarqueológicos, con el fin de ir creando un corpus de teorías medias que explicaran ciertos aspectos de la realidad (Binford, 1962; Binford, 1998). No obstante, sí observamos cómo, con el desarrollo posterior de la New Archaeology y del procesualismo, la teoría general, la teoría sobre la sociedad a estudiar, se vuelve implícita y no se realiza una crítica sobre las bases teóricas que explican el cambio social, la naturaleza de las sociedades humanas, etc. (Bate, 1993), aspecto que consideramos crucial ya que la teoría sobre la sociedad pasada nos habla sobre la sociedad actual.

No obstante, debemos apuntar algunas matizaciones y críticas que se ha realizado desde el post-procesualismo o el marxismo. En primer lugar, consideramos que la importancia dada a las técnicas en dicho modelo provoca un empobrecimiento filosófico de la disciplina arqueológica que, por otro lado, intentan, bien esconder un escaso

marco teórico y metodológico, bien maquillar las propuestas teóricas con un aire cientificista y de “objetividad”, eludiendo los debates epistemológicos. De este modo, esta visión de la ciencia como técnica y alejada de planteamientos teóricos que guían la investigación invisibiliza los propios marcos teóricos de los que de hecho parten todas las escuelas arqueológicas. Por último, debemos recordar que sin teoría no habría ciencia posible, ya que toda ciencia parte de una teoría, de una posición con respecto al mundo y a lo que queremos conocer. Esta idea ha sido especialmente desarrollada por el post-procesualismo en sus diferentes corrientes, aunque en algunos casos arrastró consideraciones filosóficas (y, en concreto, epistemológicas) posmodernas que negaban la posibilidad de crear conocimiento objetivo (Gándara et al., 1985; Lull y Estévez, 1985; Vila y Estévez, 1989; Ramos *et al.*, 1997; Bate, 2000; Fernández, 2006; Hortolà y Carbonell, 2006; González, 2012).

Dicho esto, pasaremos a desarrollar una propuesta fundamental para explicitar el círculo epistémico con el que pretendemos crear conocimiento, que está compuesto por la teoría, el método y las técnicas. Antes de seguir, es necesario afirmar que no debemos considerar dichas técnicas como patrimonio exclusivo de una u otra corriente, sino que es parte fundamental del trabajo del arqueólogo como científico que intenta

extraer del registro toda la información posible (Ramos, 1999).

La importancia de la posición teórica

Como hemos indicado, antes de seguir, queremos apuntar la importancia que cobra en ciencia el hecho de plantear explícitamente la posición teórica en la que se encuadra la investigación científica, precisamente para no eludir los debates que en torno a ella se generan y poder establecer unas líneas generales de nuestra investigación o programa de investigación. El concepto de posición teórica fue propuesto por Manuel Gándara en contraposición a los paradigmas de Khun y a la inconmensurabilidad interparadigmática que proponía, haciendo imposible optar racionalmente entre una teoría u otra (Bate, 2000). Frente a esta imposibilidad de diálogo entre diversas posturas, el autor mexicano propone que se explicita una posición teórica como una serie de concepciones de la realidad y de la ciencia que la estudia y que desarrolle una serie de áreas para evaluarlas críticamente. Dichas áreas son, principalmente, la valorativa (¿qué es, para qué y para quién sirve la ciencia?), el área ontológica (¿qué es lo que se quiere conocer?) y el área gnoseológica (¿cómo llegar a conocer lo que queremos conocer?).

Mientras la primera supone plantear las bases éticas y políticas de nuestra actividad científica, algo que no vamos a

desarrollar en este artículo, aludir a la segunda y tercera es fundamental para entrar de lleno en los problemas metodológicos de las disciplinas y las propuestas elaboradas desde la Arqueología Social. Veamos cómo.

La teoría arqueológica debe aludir a diferentes parcelas de la realidad

Partimos de la base que la arqueología supone comprender o acceder a un doble objeto (Vargas, 1990). En primer lugar, un *objeto sustantivo* o de conocimiento de la disciplina, que alude a su naturaleza de ciencia histórica: la reconstrucción de las sociedades humanas, de los procesos sociohistóricos. Este primer objeto es común a otras ciencias históricas y sociales. En segundo lugar, un *objeto de trabajo*, es decir, el material empírico con el que el arqueólogo trabaja y que ha caracterizado la praxis científica. Éste hace referencia a los restos materiales de sociedades que quedan fosilizadas en un registro. Este segundo objeto de la arqueología es importante ya que ha llegado a distinguirla como disciplina de otras ciencias sociales o históricas, como la antropología; y porque son las características de estos datos con los que trabaja, las que debemos tener en cuenta para entender los problemas que afronta la arqueología como disciplina científica.

La práctica arqueológica gira en torno a un hecho fundamental: el registro ar-

queológico (o datos) con el que trabaja (objeto de trabajo) es contemporáneo a la propia acción científica que realiza, mientras que el objeto sustantivo sólo se manifiesta a través de dichos datos (Binford, 1998: 23 y ss.; Bate, 1998: 104 y ss.). Así, en arqueología no interesa sólo conocer la relación que a nivel epistemológico se da entre la realidad (ontología) y el conocimiento humano (gnoseología) y si dicha relación es verdadera o falsa (lógica); sino que además, por la propia peculiaridad de su objeto de estudio, se interesa por la conexión existente entre la sociedad que busca estudiar y los restos materiales que observa en el registro. Esta conexión que se ve mediatizada por dinámicas socioculturales (que hacen que los restos materiales que se fijan en el sustrato sean unos y no otros) y posdeposicionales (que mediatizan el registro que finalmente llega a encontrarse y su estado de conservación, pudiendo provocar incluso su desaparición). Asimismo, la propia producción de la información arqueológica, que transforma los restos arqueológicos en datos ya sesgados por la propia actividad de investigación, es otro factor que debemos tener en cuenta. Veremos esta idea en su nivel ontológico.

La ontología hace referencia en epistemología a cómo es la realidad, es decir, supone una teoría de la realidad. Bate (1998) propone que para el proceso de investigación arqueológica se deben

tener en cuenta tres realidades ontológicas, o tres teorías de campos de la realidad, que son necesarias para investigar sociedades concretas a partir del registro empírico actualmente accesible por la actividad arqueológica. Así, lo que se genera es una cadena causal que nos lleva, a partir de inferencias, desde los datos que en la investigación concreta se extraen del registro, hasta el objeto sustantivo de conocimiento que es la sociedad que lo creó, pasando por la manifestación cultural, fenoménica, de dichas sociedades en un momento histórico pretérito que plasmaron en forma de acción antrópica en la transformación de la naturaleza. A nivel genético (es decir, en el orden que se producen los procesos), podemos distinguir, por lo tanto, tres realidades ontológicas:

1. En primer lugar, desde la Arqueología Social marxista, se defiende que es el materialismo histórico el cuerpo teórico que explica los procesos socio-históricos que queremos abordar en una investigación histórica o, en nuestro caso, arqueológica.

2. Por otro lado, debemos explicar la historia de los contextos arqueológicos. Es decir, cómo de la transformación de la naturaleza por medio de la actividad humana y sus manifestaciones culturales, se llega a generar un registro material. Aquí también aludimos a los procesos post-deposicionales.

3. Por último, se aborda la historia de la investigación arqueológica, es decir, conocer las condiciones en que se ha dado la producción de información arqueológica, para poder acercarnos de la manera más fiel y exacta al registro arqueológico (o datos) tal como fue extraído, con el fin de poder aprehender las cualidades de los materiales arqueológicos en contexto sin que estén mediatizadas por el sesgo investigador de quien la produjo.

Esta triple realidad ontológica, que no vamos a desarrollar por falta de espacio, nos permitirá objetivar las condiciones en qué ocurren los hechos y supone, como veremos, una necesidad fundamental si queremos elaborar una metodología coherente a nivel lógico y gnoseológico con el cuerpo teórico materialista dialéctico.

Frente a esta triple realidad ontológica lo cierto es que las escuelas arqueológicas que han propuesto la necesidad de explicitar un marco teórico para realizar arqueología sólo han desarrollado aquella respecto al objeto sustantivo de conocimiento de la disciplina. Así, ha sido común en arqueólogas marxistas la aplicación de las categorías del materialismo histórico marxiano (modo de producción, fuerzas productivas, relaciones sociales de producción...) sin, por un lado, desarrollar herramientas epistemológicas que nos permitan poder utilizarlo heu-

rísticamente; ni, por otro, desarrollar otros aspectos teóricos de la disciplina, poniendo el peso en la capacidad explicativa del materialismo histórico. Esta tradición podemos verla en escuelas como la soviética o los primeros arqueólogos marxistas latinoamericanos (Klejn, 1993; Tantalean, 2004), tal y como problematizó la ASL (Lorenzo, 1976).

La teoría no basta. El materialismo dialéctico como base de nuestra praxis.

La aplicación de las categorías y conceptos del materialismo histórico al marco teórico de una arqueología social o marxista no es suficiente para abordar la creación de conocimiento. Entendemos que esto es aplicable para cualquier otra propuesta de marco teórico desde la arqueología social (González, 2012; Hernando, 2012) e, incluso, para otras disciplinas científicas. Afirmamos que hace falta todo un programa de investigación (Carbonell y Hortolà, 2006; Lakatos, 1993) que plantee unas bases, no sólo teóricas, sino también filosóficas y metodológicas para orientar la investigación arqueológica, y que éstas sean coherentes con unas bases materialistas y dialécticas (Bate, 1998), así como éticas y deontológicas. En este sentido, debemos plantear que el hecho de que un conocimiento tenga una finalidad y utilidad ética y política, tal y como se propone

desde cierta Arqueología Social (Fernández, 2006), no debe ser un criterio para justificar la validez científica de una teoría.

Consideramos como elemento central el desarrollo de la dialéctica marxista y su aplicación, desde el materialismo, a la epistemología y a la práctica arqueológica. El materialismo dialéctico permite realizar análisis holísticos de la realidad concreta intentando aludir a su doble naturaleza: (a) su materialidad independiente de los conocimientos que elaboramos al entrar en contacto con ella; y (b) el continuo movimiento de la realidad de manera multideterminada (leyes de la concatenación y desarrollo universal). La dialéctica, siguiendo al filósofo alemán Robert Havemann (1967), supone una guía o herramienta que permite comprender la característica fundamental de la materia (su continuo movimiento), así como nos permite acceder a nuevo conocimiento, ya que nos ayuda a conceptualizar la relación contenido-forma que entra en juego en la relación realidad-conocimiento. Al formar parte de la materia que queremos conocer³, se establece una relación dialéctica entre el contenido (el hecho en sí, la “realidad”) y la forma (la manifestación sensible, particular de la realidad), por la que no se pueden separar mecánicamente. El autor, para la creación de conocimiento, nos expresa la relación existente entre el fenómeno y su realidad:

“hay que comprender que la esencia, la esencia más profunda y rica de las cosas, no existe separada de los fenómenos, no es independiente de ellos, y que tampoco los fenómenos son independientes de su esencia, sino que más bien esencia y fenómeno constituyen una unidad plena e indisoluble” (Havemann, 1967: 43). El materialismo dialéctico se postula así como elemento central para entender la realidad natural, el proceso de conocimiento y, por supuesto, la realidad social, tal y como vemos en el corpus del materialismo histórico como teoría social (Bate, 2012).

La realidad, que podemos abstraer en categorías y conceptos tal y como propone el marxismo, no obstante, se halla inmersa en problemas epistemológicos. Un primer problema, enmarcado en la lógica (teoría del método), hace referencia a cómo distinguir lo verdadero de lo falso, es decir, a cómo saber que nuestro conocimiento se corresponde con la realidad. La tradición neo-positivista basada en la filosofía de Immanuel Kant propone que, existiendo una realidad exterior a los sujetos cognoscentes, no es posible establecer un criterio lógico que valide nuestro conocimiento y que sólo es posible ver la coherencia interna de dicho conocimiento sin entrar a valorar si refleja o no la realidad. Por su parte, el materialismo dialéctico, parte de que debe haber una coherencia y principio de

coincidencia entre la lógica, la ontología (teoría de la realidad) y la gnoseología (teoría del conocimiento). En base a la unidad dialéctica de fenómeno y esencia, y de materia y pensamiento, el materialismo dialéctico asume una posición realista que afirma que es el continuo enfrentamiento con la realidad en apariencia caótica, en base a la praxis, el que nos permite realizar abstracciones de las regularidades (o fenómenos que recrean cualidades de forma reiterada) de dicha realidad, que se plasman en forma de conceptos y categorías. Dicha realidad se expresa de manera objetiva, aunque esta objetividad sea siempre relativa y nunca absoluta, aunque nunca expresa del todo la esencia de los fenómenos concretos. Así, debemos afirmar que la verdad absoluta es relativa, ya que hace referencia a una doble realidad (la del sujeto y la del objeto) siempre cambiante, si bien un continuo acercamiento a los fenómenos nos permitan acceder a elementos esenciales de su naturaleza, ante los cuales siempre debemos ser críticos (Bate, 1998, 2012; Havemann, 1976).

A nivel lógico, frente a los modelos neo-positivistas que conceden al método (hipotético-deductivo, nomológico) una importancia excesiva, central en dicha construcción científica, proponemos la necesidad de relacionar la teoría y el método, entendida esta relación desde un punto de vista materia-

lista. Esto supone afirmar la prioridad lógica de la teoría sobre el método. Es decir, afirmar que los planteamientos para conseguir nuevo conocimiento se deben basar en la teoría, o, lo que es lo mismo, en la condensación del conocimiento (con toda su naturaleza problemática) que se tiene en un momento dado. Esta prioridad lógica no equivale a eliminar la necesidad de plantear una metodología concreta para la arqueología. Asimismo, la teoría se convierte en hipótesis al entrar en un nuevo ciclo de investigación, con el fin de matizar ciertos aspectos de la misma o enriquecerla empíricamente (Bate, 1998).

La necesaria metodología en Arqueología Social

Como reacción a la primacía del método en la elaboración de conocimiento científico, ignorando el papel que la teoría juega en ella, algunas escuelas posprocesuales y, fundamentalmente, marxistas han quitado importancia a la necesidad de desarrollar desde bases materialistas y dialécticas metodologías para la arqueología. Esto lo vemos en la génesis de la Arqueología Social Latinoamericana, donde hubo que esforzarse por proponer un método propio superando propuestas neo positivistas (Lorenzo, 1976); o en trabajos donde el método para conseguir objetividad se elude, centrándose en cuestiones teóricas.

La metodología supone el camino o

procedimientos mediante los cuales accedemos al conocimiento de una realidad dada. Es un tema central en la epistemología. La heurística de un programa de investigación (siguiendo la propuesta de Lakatos, 1993) no sólo depende de su marco teórico, sino de su propuesta para llevarla a cabo, metodológicamente hablando. Por otra parte, debemos afirmar en base a nuestra concepción materialista que la validez del método no debe partir de su naturaleza intersubjetiva exclusivamente (Carbonell y Hortolà, 2006, 2009; Hortolà y Carbonell, 2006) ni de su validez política o ética (Fernández, 2006) sino que parte de la confrontación con la realidad mediante la praxis, estando directamente relacionado con lo expuesto supra.

La forma de acceder al conocimiento ha tenido tradicionalmente dos formas, la deducción (que supone partir de la teoría para explicar cosas concretas) y la inducción (que consiste en ir de proposiciones concretas a otras más generales), a las que debemos añadir la transducción (se utiliza la analogía para vincular conocimientos de un mismo grado de generalidad). Estos mecanismos de creación de conocimiento se pueden englobar en cadenas inferenciales, que ponen en relación fenómenos y categorías de diferente grado de abstracción para la creación de conocimiento (Vargas, 1990).

La propuesta de Luis Felipe Bate.

Abordaremos la metodología propuesta por la Arqueología Social Latinoamericana, que supone en última instancia poner en relación la teoría y el registro empírico, la realidad concreta (objeto de trabajo) con la abstracción socio-histórica (objeto de conocimiento).

En concreto, la propuesta inferencial (donde integra cadenas inductivas, deductivas y transductivas) consistiría, en base a los requisitos ontológicos antes expuestos (prioridad lógica de la teoría sobre el método), en ascender desde el registro empírico, desde las manifestaciones fenoménicas de la sociedad, hacia categorías de mayor abstracción socio-histórica, que serían las del materialismo histórico. Luis Felipe Bate (1998) propone el siguiente esquema, al que hemos añadido ideas referentes a prácticas arqueológicas:

1) La producción de la información: síntesis de la labor arqueológica de campo y laboratorio o de investigación arqueográfica, que hace acopio de datos empíricos y crea tipologías y taxonomías para explicar los materiales hallados.

2) La identificación de las culturas arqueológicas: mediante el acopio de información arqueológica disponible (de todo tipo, también analítico, biológico, climático, etc.) y su ordenación en límites espacio-temporales, en un sen-

tido de secuencia cronológico-cultural clásica, para informarnos de una cultura concreta en un periodo concreto. Este nivel, que podría considerarse histórico-cultural, se diferencia del mismo en que este paso supone el primero de esta metodología, mientras que para dicha corriente, es un fin en sí mismo.

3) La inferencia de las culturas: supone inferir desde los datos empíricos ya ordenados las actividades de una sociedad concreta⁴. Para realizar esto, debe tenerse en cuenta el marco ontológico de la historia de los contextos arqueológicos antes referida. Lo que se elabora es el sistema general de actividades de una sociedad en el marco temporal definido por la cultura arqueológica.

4) La inferencia de los modos de vida y las formaciones sociales: pasando de las actividades sociales a inferir las regularidades de mayor nivel de generalidad, abstracción y acción causal y estructural de la sociedad. Se trata de categorías tales como modos de vida, modos de trabajo, modos de producción y reproducción o formación económico-social. En suma, se intenta explicar la totalidad de aspectos de la sociedad en estudio. Por último se daría

5) la explicación del desarrollo histórico concreto de la sociedad en estudio, siendo el objetivo cognitivo de la investigación y donde veremos los vacíos

y carencias de investigación que serían necesario completar en futuras investigaciones.

Mientras las dos primeras instancias deben comprenderse en base al nivel ontológico de la historia de la producción de la información arqueológica, ya que los datos están mediatizados por dicho campo de la realidad; por su parte, la tercera instancia está relacionada a nivel ontológico con la historia de los contextos, ya que para saber las características fenoménicas y culturales que se darían en un momento espacio-temporal debemos saber cómo se plasmarían en el registro; y, por último, las dos últimas instancias, de mayor contenido socio-histórico, estarían relacionadas con el cuerpo ontológico del materialismo histórico.

Sin querer extendernos en ello, sí debemos finalizar este apartado indicando que esta metodología y sus necesarios procesos inferenciales se dotarían de contenido empírico mediante el desarrollo de aspectos más concretos de la investigación arqueológica. Nos referimos, por nombrar sólo a algunos, a la realización de tipologías de los objetos encontrados para poder sistematizarlos según diversas propuestas analíticas, al desarrollo de estudios contextuales para ver la relación entre objetos, a la producción de información referencial (arqueología experimental), a los estudios espaciales para localizar actividades a

nivel micro o macro, o a aquellos estudios que nos ofrezcan información de la funcionalidad de los instrumentos. Para todo ello, así como para la obtención del registro de la mayor información posible, es necesario el desarrollo de equipos interdisciplinarios guiados por una finalidad de conocimiento arqueológico (Bate, 1998; Ramos, 2012).

Se ha apuntado, como carencias de este marco metodológico, la falta de aplicaciones concretas, con el fin de que se puedan desarrollar metodologías con las que abordar el estudio de realidades sociales concretas, poniendo en relación las hipótesis del marco teórico de partida con un registro arqueológico y la actividad del grupo humano que lo generó. De este modo, el libro recientemente publicado acerca de la Arqueología Social Latinoamericana (Tantalean y Aguilar, 2012), recalca esta idea, así como la necesidad de ampliar los pocos resultados que la ASL ha ofrecido en cuanto a la creación de conocimiento metodológicamente bien construido. En este sentido, Gándara (2012), en su aportación a dicha obra colectiva, reflexiona acerca de la falta de una teoría explicativa válida desde la Arqueología Social.

La concreción fenoménica y la abstracción categorial. El concepto de cultura en la metodología.

Un hecho importante que ha marcado los debates metodológicos en la ar-

queología social ha sido el referido al carácter fenoménico del registro arqueológico con el que trabajamos los arqueólogos. Debemos partir de la idea que el registro arqueológico no es más que una representación fenoménica, material, concreta, de actividades sociales (mediando procesos post-deposicionales), que son las que buscamos conocer. Un problema al que se tiene que enfrentar la Arqueología Social es que dicho registro no se puede interpretar como mera ilustración de la realidad social, sino que representa un epifenómeno de la sociedad que es objeto de estudio (Gándara et al., 1985; Lull y Estévez, 1986; Bate, 1998; Castro *et al.*, 1998; Bate, 2012). Esto es especialmente problemático a la hora de aplicar categorías de tradición marxista de alto grado de abstracción (formación económico-social, modo de producción, relaciones sociales de producción, desarrollo de fuerzas productivas...) al registro o materialidad con que trabaja la arqueología, que se caracteriza por su carácter concreto. Vamos a señalar, por su interés metodológico, la propuesta realizada desde la ASL, si bien hay otras que se han desarrollado (Castro et al., 1998).

Nos referimos a la utilización, con el fin de analizar de manera objetiva las manifestaciones fenoménicas de las sociedades en un momento determinado, de la categoría de cultura (Bate, 1976, 1998; Vargas, 1990; Sanoja, 2012).

Para ello, proponen descargar a dicho término de su contenido colonialista, historicista-cultural y nacionalista, para rescatar su contenido objetivo y necesario para aprehender la realidad concreta de una sociedad dada. Así, a nivel material, las sociedades, enmarcadas en una formación económico-social y en un modo de producción, generan prácticas y manifestaciones concretas. De este modo, estas autoras proponen un esquema categorial que, de mayor a menor abstracción parta desde la formación económico-social, el modo de producción y reproducción, modo de vida, modo de trabajo y cultura, finalizando en una categoría de poca capacidad explicativa pero de gran valor empírico. Como vemos, en la propuesta metodológica y ontológica, está inserto esta categoría que alude a la necesidad filosófica de superar visiones estrechas y mecánicas de la relación entre el registro o la realidad y las categorías, tal y como se criticó en el seno de la ASL en los años 70 (Jackson, 2010). A lo que hacemos referencia es, al fin y al cabo, a no caer en un mecanicismo que otorgue a ciertas categorías la forma de “cajón” donde insertar fenómenos u objetos materiales, sin comprender el proceso sociocultural que tiene lugar para que dicho objeto se plasme materialmente en el registro (Bate, 2012).

Los estudios espaciales como acercamiento a una metodología arqueológica

Desde otras perspectivas metodológicas también se ha abordado el problema de crear programas de investigación heurísticos desde el materialismo dialéctico, muchas veces no contradictorias entre sí, ni con la anterior. Antes de avanzar, debemos citar aquí una no abordada en este artículo, como es la de la geo-arqueología dialéctica propuesta por Oswaldo Arteaga (Arteaga y Roos, 2012). En ella, se defiende la necesidad de desarrollar programas de investigación interdisciplinarios (algunos de los cuales llevan funcionando desde la década de 1980) para alejar posiciones ambientalistas de la comprensión de la relación sociedad-medio, e investigar el impacto que las sociedades humanas han tenido sobre el medio, coadyuvando a los cambios climáticos desde el tránsito al Holoceno y afectando a los procesos naturales de manera creciente hasta nuestros días. Supone, en suma, una propuesta que demanda integrar en los estudios de las sociedades humanas su afección sobre el medio ambiente, rechazando tanto una visión del mismo como elemento ajeno a las sociedades al que se tienen que adaptar, como una comprensión del mismo desde posturas meramente paisajísticas.

Comenzaremos desarrollando en este apartado la importancia que los estu-

dios espaciales, como estrategia metodológica, han tenido para algunos autores a la hora de identificar arqueológicamente manifestaciones de cualidades sociales propuestas en el marco teórico (Estévez *et al.*, 1998). Estos estudios permiten caracterizar áreas de actividad y de organización social. Partimos de la base que la organización espacial no es algo azaroso, sino que responde a la actividad social y prácticas sociales. En concreto, el registro arqueológico se ve producido por los procesos de trabajo y reproducción a lo largo del tiempo (lo que se ha denominado “estrategia organizativa”, como concreción de un modo de producción), que necesitarían de relaciones sociales de producción y reproducción; y que, a su vez, estas relaciones sociales están ligadas a un determinado desarrollo de fuerzas productivas y a su relación con el medio ambiente. La producción como actividad social es la que cobra un lugar central en esta propuesta, al considerarse la actividad básica de una sociedad al crear objetos y bienes para su supervivencia, lo que deja rastros materiales de actividades (materia bruta, materias primas, objetos, instrumentos, deshechos). Al fin y al cabo, el concepto de producto social (como se ha propuesto por Ruiz *et al.*, 1986) se concibe como elemento central, al ser en torno al que giran procesos de trabajo condicionados por relaciones sociales de producción, medios de producción

y desarrollo de fuerzas productivas.

A la producción de objetos se han añadido posteriormente otras producciones sociales que deberían ser localizadas espacialmente y detectadas, con el fin de trascender cualidades sociales del grupo humano en estudio, como pueda ser sus relaciones sociales de reproducción, o la disimetría social en base a un acceso al uso/beneficio/consumo/disfrute de ciertos objetos o elementos. Hablamos de las categorías sistematizadas por Sanahuja (2002, 2007), pero apuntadas anteriormente (Estévez *et al.*, 1998): producción de cuerpos, de objetos y de mantenimiento, enmarcado en prácticas de cuidados y mantenimiento, económicas y políticas.

Actualmente, es imprescindible para la arqueología materialista tener en cuenta la información espacial en los yacimientos (y entre ellos), ya que ahí se está condensando información imprescindible que nos ayuda a hablar de cómo los grupos humanos producen y reproducen su vida material y social.

Etnoarqueología y metodología.

Como comenzamos afirmando, la arqueología social debe interesarse no sólo por describir el registro arqueológico, sino por dotarlo de contenido explicativo de las sociedades concretas de cuya actividad representa (Gándara, 2012). Para ello, tradicionalmente se ha acudido a la antropología, la etnología

comparada, la arqueología experimental o la etnoarqueología para dotar de contenido social a ciertas realidades arqueológicas o categoriales que, de otro modo, quedarían muy abstractas o vacías. Así, es conocido como la Teoría de Medio Alcance de Lewis Binford, que se basaba en la etnología y arqueología experimental para dotar de contenido social a sus teorías concretas y problemas concretos que buscaba resolver. Hoy en día, esta práctica sigue siendo muy extendida en autores de diferentes signos teóricos, e igualmente en arqueólogos sociales. Así, vemos como autoras de la ASL se basan de manera importante en este método (Sanoja, 2013), a riesgo de caer en vicios de tipo históricos y evolucionistas lineales, ya que no es demostrable que los grupos humanos mantengan siempre sus características en lo que respecta a manifestaciones ideológicas, división sexual del trabajo, etc. desde la prehistoria hasta nuestros días (como ha sido criticado en Estévez et al., 1998; Piqué i Huerta et al., 2008; Vila y Estévez, 2010; Vila, 2011).

Frente a una etnoarqueología o etnología comparada mecánica, desde la arqueología marxista se ha propuesto una práctica etnoarqueológica para testar el método arqueológico. Lo que se intenta es ver la manifestación material (volvemos al problema fenoménico) que tienen ciertas características que se consideran esenciales en un Modo de

Producción dado y estudiarlas arqueológicamente. De esta forma, se intentan ver patrones repetidos fruto de las regularidades esenciales del modo de producción al que se refieran, que vendrían determinados por los procesos de producción y reproducción concretos. Además de hacer vincular e interactuar ambas disciplinas y metodologías, se persigue “*depurar la metodología arqueológica y verificar modelos explicativos o leyes generales del Modo de Producción*” (Estévez et al., 1998: 21).

Debemos apuntar el proyecto que actualmente, y desde 1988, se está llevando a cabo en la Patagonia argentina, trabajando con los Yamana, y en Canadá (y, anteriormente, en el Canal de Beagle) para acercarse de manera etnoarqueológica al estudio de la disimetría social en base al sexo, disimetría que, efectivamente, se ha detectado en el sentido de un desigual acceso al uso/consumo/beneficio de lo producido, frente a una inversión de trabajo mayor por parte del colectivo femenino⁵. Como hemos indicado anteriormente, se propone utilizar la etnoarqueología de tal manera que se estudie la materialización de los rasgos fundamentales del Modo de Producción recolector-cazador en el registro etnográfico y arqueológico de una misma sociedad (es decir, la expresión fenoménica, cultural, en base a las categorías antes expresadas). Supone una propuesta de estudio de la explotación

o disimetría social entre hombres y mujeres en sociedades cazadoras-recolectoras, basada en una depreciación del valor social o subjetivo de los trabajos realizados por mujeres (en base a una división sexual del trabajo), mientras su valor objetivo sería similar o superior al de los hombres. En este estudio se confronta el trabajo invertido por ambos sexos en la producción de cuerpos, objetos o mantenimiento y la valoración social del mismo, viendo que el trabajo de la mujer se infravalora. Esto se hace mediante el estudio del sistema normativo de la sociedad y de los propios mecanismos sociales de producción y reproducción. Se trata de la aplicación de una teoría observacional con el fin de poder aplicar, posteriormente, la teoría del valor en sociedades prehistóricas. Es así que se realiza la calibración metodológica etnoarqueológica: mediante el análisis de documentación antropológica que permita conocer el sistema normativo y las propias prácticas y cómo otorgaban mayor o menor valor subjetivo o social a un trabajo objetivo. Desde este caso, y otros, pretenden crear modelos que permitan aplicarse a la arqueología, llevando los datos empíricos a categorías más abstractas y de aplicación más general (Estévez et al., 1998; Vila y Estévez, 2010; Vila, 2011).

Conclusiones

La ciencia neopositivista ha acotado la posición valorativa del investigador a

un rincón de la creación científica. Frente a esta posición filosófica y epistemológica, nos enmarcamos en una arqueología social que ofrece una posición teórica y explícita un área valorativa que considera a la arqueología como ciencia histórica posicionada en un mundo estructuralmente injusto en el que debe señalar que las diferencias de clase, género, sexo o raza no son naturales, sino que tienen causas históricas y sociales, que podemos ver actualmente en el marco de desarrollo del capitalismo como sistema de explotación múltiple. Como marco teórico que explique el desarrollo y las sociedades concretas a lo largo de la historia, adoptamos el materialismo histórico como teoría sustantiva de nuestras investigaciones. Asimismo, posicionados filosóficamente en el materialismo dialéctico, defendemos la prioridad lógica de la teoría sobre el método, así como que una ciencia objetiva es posible debido a la relación dialéctica entre el sujeto cognoscente y la materia u objeto a conocer mediante la praxis.

No obstante, estas premisas no deben hacernos negar la importancia de establecer las bases metodológicas para la actuación arqueológica, con el fin de aplicar en todo su sentido la dialéctica y no caer en aplicaciones mecánicas o simplistas del materialismo histórico (u otro marco teórico) sobre el registro arqueológico. Eludir estas cuestiones en

obras teóricas, muchas veces enmarcado en posiciones políticas, no ayudan a fortalecer el carácter heurístico de nuestra disciplina ni a hacer una ciencia que sea refutable y contrastable por otras investigadoras, algo fundamental si no queremos caer en la marginación y restar seriedad a nuestros trabajos empíricos y nuestra postura filosófica y teórica.

En el presente artículo, en primer lugar, se han expuesto algunas ideas filosóficas y epistemológicas que considero sirven de guía para profundizar en estos aspectos. En segundo lugar, se han volcado, de forma crítica, diferentes aproximaciones metodológicas que se han elaborado desde la Arqueología Social entroncada con el materialismo dialéctico y que, sin pretender agotarlas ni exponer toda su riqueza, deben servir de guía para las reflexiones metodológicas futuras.

De este modo, lo que se ha expuesto aquí no pretende ser una guía cerrada de actuación metodológica, sino mostrar las propuestas desarrolladas y potenciar la continua profundización en sus bases y, fundamentalmente, la necesidad de desarrollar proyectos de investigación que las enriquezcan y las testen en la práctica, la única que puede hacer avanzar la investigación y el conocimiento.

Agradecimientos

Quiero agradecer la lectura y comentarios del texto a Marta Melero, Elisabeth Volart y al profesor José Ramos Muñoz; así como a los revisores que me han ayudado a eliminar y suavizar ciertas afirmaciones en la primera versión del texto que, al fin y al cabo, no aportaban nada a las ideas fundamentales que quería transmitir.

Bibliografía

ARTEAGA, O. y ROOS, A. M. (2012): “Teoría y praxis de una geoarqueología dialéctica para el siglo XXI”. En TANTALEÁN, H. y AGUILAR, M. (Comp.) (2012): *La arqueología social latinoamericana: De la teoría a la praxis*, pp. 365-402.

BATE, L. F. (1993): “Del registro estático al pasado dinámico: Entre un salto mortal y un milagro dialéctico.” En FUENTES, M.; SEPÚLVEDA, J.; SAN FRANCISCO, A. (Eds.) (2010): *Arqueología y Marxismo. Luís Felipe Bate, contribuciones al pensamiento marxista en la reflexión arqueológica, Cuadernos de Historia Marxista*, nº5, 151-171.

BATE, L. F. (1998): *El proceso de investigación en Arqueología*. Barcelona: Crítica.

BATE, L. F. (2000): “Teorías y métodos en Arqueología ¿Criticar o proponer?”. En FUENTES, M.;

- SEPÚLVEDA J.; SAN FRANCISCO, A. (Eds.) (2010): Arqueología y Marxismo. Luís Felipe Bate, contribuciones al pensamiento marxista en la reflexión arqueológica, *Cuadernos de Historia Marxista*, nº 5, 114-123.
- BATE, L. F. (2012): “Una nota sobre dialéctica en la Arqueología Social”. En TANTALEÁN, H. y AGUILAR, M. (Comp.) (2012): *La arqueología social latinoamericana: De la teoría a la praxis*, pp. 85-101.
- BAYLEY, J. (Ed.) (1998): *Science in Archaeology. An agenda for the future*. London: English Heritage.
- BINFORD, L. R. (1962): “Archaeology as Anthropology”, *American Antiquity*, vol. 28, nº2, pp. 217-225.
- BINFORD, L. R. (1998): *En busca del pasado*. Barcelona: Crítica.
- BROTHWELL, D.R., HIGGS, E.S. (Eds.) (1969): *Science in Archaeology. A survey of progress and research. 2a Edición revisada y ampliada*. London: Thames & Hudson.
- BROTHWELL, D.R., HIGGS, E.S. (1969b): “Scientific studies in Archaeology”. En Brothwell, D.R., Higgs, E.S. (Eds.) (1969): *Science in Archaeology. A survey of progress and research*, 23-34. London: Thames & Hudson.
- BROTHWELL, D.R., POLLARD, A.M. (Eds.) (2001): *Handbook of Archaeological Sciences*. John Wiley and Sons, Ltd.
- CARBONELL, E. y HORTOLÀ, P. (2006): “De los hechos al descubrimiento científico: apuntes teóricos para una puesta en práctica”, *Información Filosófica*, Volumen III, nº 2, 00. 51-60.
- CARBONELL, E. y HORTOLÀ, P. (2009): “La naturaleza del “conocimiento objetivo”: algunas reflexiones en torno a la ciencia y su contexto social”, *ARBOR. Ciencia, pensamiento y cultura*, CLXXXV, 738, pp. 853-859
- CASTRO, P. V.; GILI, S.; LULL, V.; MICÓ, R.; RIHUETE, C.; RISCH, R.; SANAHUJA, M^a E. (1998): “Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el sudeste ibérico”, *Boletín de Antropología Americana*, 33, pp. 25-78.
- COMTE, A. (1973): *Curso de filosofía positiva. Primera y segunda lecciones*. Buenos Aires: Aguilar.
- DE PONTE, M. (1969): *La unidad del saber en el Neopositivismo*. Madrid: G. del Toro.
- ESTÉVEZ, J.; VILA, A.; TERRADAS, X.; PIQUÉ, R.; TAULÉ, M.; GIBAJA, J.; RUIZ, G. (1998):

“Cazar o no cazar, ¿es ésta la cuestión?”, *Boletín de Antropología Americana*, 33, pp. 5-24.

FERNÁNDEZ, V. M. (2006): *Una arqueología crítica. Ciencia, ética y política en la construcción del pasado*. Crítica, Barcelona.

GÁNDARA, M. (2012): “¿Estructura oculta o narrativa causal?: la explicación en la Arqueología Social Ameroibérica”. En TANTALEÁN, H. y AGUILAR, M. (Comp.) (2012): *La arqueología social latinoamericana: De la teoría a la praxis*, pp. 103-139.

GÁNDARA, M.; LÓPEZ, F.; RODRÍGUEZ, I. (1985): “Arqueología y marxismo en México”, *Boletín de Antropología Americana*, 11, pp. 5-17.

GONZÁLEZ, A. (2012): “Hacia otra arqueología: diez propuestas”, *Complutum*, vol. 23 (2), pp. 103-116.

HAVEMANN, R. (1967): *Dialéctica sin dogma*. Barcelona: Ariel.

HERNANDO, A. (2012): “Teoría Arqueológica y crisis social”, *Complutum*, 23 (2), pp. 127-145.

HORTOLÀ, P. y CARBONELL, E. (2006): “Ciencia paradigmática y paradigma científico: una prospectiva para el nuevo milenio”, *Elementos: Ciencia y cultura*, vol. 13, nº 063, pp. 9-13.

JACKSON, D. (2010): “La Arqueología Social Latinoamericana. Contribuciones de Luís Felipe Bate”. En **Fuentes, M., Sepúlveda J., San Francisco, A. (Eds.) (2010):** *Arqueología y Marxismo*. Luís Felipe Bate, contribuciones al pensamiento marxista en la reflexión arqueológica, *Cuadernos de Historia Marxista*, nº 5, 10-12.

JOHNSON, M. H. (2000): *Teoría Arqueológica. Una introducción*. Barcelona: Ariel.

KLEJN, L. S. (1993): *La Arqueología soviética. Historia y teoría de una escuela desconocida*. Barcelona: Crítica.

LORENZO, J. L. (Coord.) (1976): *Hacia una arqueología social. Reunión en Teotihuacán (Octubre de 1975)*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

LULL, V. y ESTÉVEZ, J. (1986): “Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas”, *Homenaje a Luís Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 441-452.

MASCHNER, H.D.G. Y CHIPPINDALE, C. (Eds.) (2005): *Handbook of Archaeological Methods*. Volume I. Lanham: Altamira Press.

PIQUÉ i HUERTA, R.; VILA i

- MITJÁ, A.; BERIHUETE, M.; MAMELI, L.; MENSUA, C.; MORENO, F.; TOSELLI, A.; VERDÚN, E.; ZURRO, D. (2008):** “El mito de “la Edad de Piedra”: Los recursos olvidados”. En ESCORIZA, T.; LÓPEZ, M. J.; NAVARRO, A. (Eds.) (2008): *Mujeres y Arqueología. Nuevas aportaciones desde el materialismo histórico: Homenaje al profesor Manuel Carrilero Millán*, Consejería de Cultura, Sevilla, pp. 59-103.
- RAMOS, J. (1999):** *Europa Prehistórica. Cazadores y recolectores*. Madrid: Sílex.
- RAMOS, J. (2012):** *El estrecho de Gibraltar como puente para las sociedades prehistóricas*. Ronda: Editorial La Serranía.
- RAMOS, J.; DOMÍNGUEZ, S.; MORATA, D. (1997):** “Alternativas no adaptativas para la integración de técnicas mineralógicas y petrológicas dentro de una arqueología como proyecto social”, *Revista Atlántico-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 1, pp. 223-239.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M.; NOCETE, F.; CASTRO, M. (1986):** “El concepto de producto en arqueología”, *Arqueología espacial*, 9, pp. 63-80.
- SANAHUJA, M. E. (2002):** *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- SANAHUJA, M. E. (2007):** *La cotidianeidad en la prehistoria. La vida y su sometimiento*. Barcelona: Icaria.
- SANOJA, M (2012):** *Historia socio-cultural de la economía venezolana: 14.500 años anp-2010*. Caracas: Banco Central de Venezuela.
- SANOJA, M (2013):** *El alba de la sociedad venezolana. Perspectiva desde el Norte de Sudamérica*. Archivo General de la Nación; Centro Nacional de Historia. Caracas.
- TANTALEAN, H. (2004):** “L’Arqueología Social Peruana: ¿Mite o Realitat?”. *Cota Zero* 19, pp. 90-100.
- TANTALEAN, H. y AGUILAR, M. (comps.) (2012):** *La Arqueología Social Latinoamericana: de la teoría a la praxis*. Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología.
- TRIGGER, B. G. (1992):** *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica.
- VARGAS, I. (1990):** *Arqueología, Ciencia y Sociedad*. Caracas: Editorial Abre Brecha.
- VILA, A. (2011):** “Política y feminismo en arqueología prehistórica”,

Revista Atlántico-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social, 13, pp. 17-32.

VILA, A. y ESTÉVEZ, J. (1989): “«Sola ante el peligro»: la arqueología ante las ciencias auxiliares”, *Archivo Español de Arqueología*, 62: 159/160, pp. 272-278.

VILA, A. y ESTÉVEZ, J. (2010): “Naturaleza y Arqueología: la reproducción en sociedades cazadoras-recolectoras o la primera revolución productiva”, *Revista Atlántico-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 12, pp. 9-23.

NOTES

¹ Por lógico no entendemos un lenguaje formal (normalmente matemático) con el que caracterizar leyes o teorías en relación a cierta coherencia interna de sus postulados, sino que supone una teoría del método, es decir, una forma de acceder a la verdad o falsedad de nuestros planteamientos teóricos, entendiendo por verdadero o falso su correspondencia con la realidad.

² He de indicar que esta expresión en este contexto ha sido sugerida por el revisor de la revista.

³ El autor expresa de esta forma nuestra consciencia: “Representamos formas (...) de la naturaleza (...) en las cuales la naturaleza ha conseguido informarse de sí misma” (Havemann, 1967: 43).

⁴ Como veremos, la cultura se entiende como manifestación fenoménica de las características de una sociedad concreta.

⁵ Ver la Serie *Treballs d'Etnoarqueologia* dirigida por Assumpció Vila Mitjà, donde encontramos volcadas resultados de dichas investigaciones.